

Don Bartolomé Santos de Risoba, Obispo de Sigüenza

Laureano Otero González

Sigüenza ha sido desde la Reconquista una ciudad episcopal. Su vida ha estado ligada a la vida y la obra de sus obispos. Uno de los más eminentes fue el obispo Risoba, que rigió la Diócesis seguntina de 1650 a 1657.

Consideramos que es un personaje importante, de primera fila, en la historia de Sigüenza, cuya labor como señor de la ciudad no se ha valorado suficientemente.

Este obispo nació en tierras leonesas, cuya Diócesis tiene numerosas relaciones con la de Sigüenza a través de altas dignidades eclesiásticas procedentes de León, o que iban de Sigüenza a León. Además del obispo Risoba podemos citar al cardenal Lorenzana, también leonés, doctoral en Sigüenza antes de su arzobispado de México y primado de Toledo.

Don Bartolomé Santos de Risoba, presentado por el Cabildo de León, vino a estudiar al Colegio-Universidad de San Antonio de Portaceli, de Sigüenza, donde hizo su carrera eclesiástica. Pasó después a estudiar a la Universidad de Salamanca, y al Colegio de San Salvador, de Oviedo, fundado por don Diego Muros, secretario que fue del cardenal Mendoza y antiguo canónigo de Sigüenza. A los 28 años es ya canónigo magistral de Palencia. En 1630 fue nombrado obispo de Mondoñedo, cargo que no aceptó; sin embargo, aceptó la Mitra de Almería, para la que había sido presentado por Felipe IV, pero transmitiéndose las bulas quedó vacante la Diócesis de León y allí permaneció durante dieciséis años.

Dice de él el ilustre historiador local don José González, canónigo arcepreste de la santa iglesia catedral de León: «Escribió *Obligaciones de los obispos*; fue muy celoso de la disciplina. Publicó unas Sinodales que le dieron gran fama. En 1650 se trasladó, con gran dolor de los leoneses, a Sigüenza. Fue uno de los prelados que dejaron acá huella profunda y venerable de su labor apostólica.»

Como vamos a ver, no fue sólo obispo arquitecto en Sigüenza; ya lo había sido también en León. Dice el historiador antes mencionado que era muy devoto de la Patrona leonesa, la Virgen del Camino, y se extrañaba de

que santuario tan popular no tuviera mayor amplitud y no correspondiera en grandeza a la devoción de los fieles.

En 1636, con ocasión del Sínodo diocesano, puso en marcha su proyecto de construir un templo amplio y suntuoso encabezando la lista de donativos con 200 ducados y ofreció otros 200 para que empezaran las obras. Con su iniciativa se construyó un santuario que, con las necesarias ampliaciones, llegó hasta fecha reciente.

Otra cosa curiosa, por poco conocida, queremos destacar del obispo Risoba que le retrata como hombre de elevadas cualidades humanas. Coincidió durante su período de obispo de León con el genial don Francisco de Quevedo, gloria de las letras españolas, preso a la sazón en el convento de San Marcos de dicha ciudad por orden del «todopoderoso» conde-duque de Olivares. Allí permaneció Quevedo de 1639 a 1643.

Dice Quevedo: «Fuí traído en el rigor del invierno, sin capa y sin camisa, de 61 años, a este convento real de San Marcos donde he estado todo este tiempo en rigurosísima prisión, enfermo de tres heridas que con los fríos y la vecindad de un río que tengo por cabecera...» En carta de Quevedo a su amigo Adán de la Parra, describe así su prisión: «Redúcese a una pieza subterránea, tan húmeda como un manantial, tan oscura que en ella es siempre de noche y tan fría que nunca deja de parecer enero. Tiene, sin ponderación, más traza de sepulcro que de cárcel.» Hay cambios sustanciales: quién le iba a decir a Quevedo que su prisión sería con el tiempo el Hostal de San Marcos, uno de los hoteles más lujosos de Europa.

Sin embargo, el rigor de su prisión se va dulcificando poco a poco, pudiendo mantener correspondencia con algunos amigos. En León son varias las personas que se preocupan por su surte y entre ellas el obispo de la ciudad, don Bartolomé Santos, culto, de rica sensibilidad y erudita biblioteca, presta todo su apoyo moral al escritor. Por aquel entonces comenzó Quevedo a escribir los últimos capítulos de la *Vida de San Pablo* e inició otros dos libros, *Constancia y Paciencia del Santo Job* y la *Providencia de Dios*. Sabemos que Quevedo, animado por la desinteresada amistad de don Bartolomé Santos, enviaba a Palacio las cuartillas escritas buscando en la aguda sensibilidad del obispo una constructiva crítica acerca de las mismas, pero los cartapacios regresaban a la cárcel, y los originales, en vez de tachaduras u objeciones, traían palabras de aliento y comentarios muy elogiosos.

Hemos expuesto estos dos rasgos de la personalidad del obispo Risoba, al que hoy podríamos definir como un obispo-eficacia, bondadoso, culto y dotado de gran energía.

Pero vengamos con él a Sigüenza en 1650 y veamos cómo en siete años fue capaz de realizar en esta Diócesis obras imperecederas, como son el seminario de San Bartolomé, la Universidad, hoy Palacio Episcopal, y el monasterio de los Jerónimos.

Efectivamente, al poco de su llegada, el 20 de junio de dicho año, se tuvo Cabildo pleno, con asistencia del prelado. En él «Su Ilustrísima» refirió cómo se hallaba en determinación y resolución de bajar a la ciudad la Universidad y Colegios, por cuanto los edificios de las dos casas de San Antonio y de los frailes amenazaban ruina irreparable, y que la iglesia del monasterio de los padres Jerónimos se había caído, de suerte que no se podía usar de ella, y que lo que más le movía era que estando la Universidad junto a la ciudad, serían de gran bien para ella y para todo el Obispado».

Consciente el obispo Risoba de las dificultades y obstáculos que desde hacía muchos años habían surgido para trasladar la Universidad a la ciudad, y dándose cuenta de su avanzada edad, dedicó todas sus energías a la consecución de este objetivo. Así, el 25 de agosto de 1651 escribe el prelado al Ayuntamiento una carta en la que, entre otras cosas, le decía: «El Colegio de San Antonio se halla obligado a mudarse más cercano a esta ciudad por estar amenazando su edificio ruina y haber declarado los maestros arquitectos que no puede tener reparo suficiente ni seguro por estar la quiebra en los cimientos. Ha elegido para hacer el nuevo edificio el sitio donde está el arrenal de don Antonio Tovalina y otro del Cabildo, y para eso necesitará de que la ciudad le conceda la parte del campo que está contiguo, lo que pareciese necesario para que el edificio quede con toda perfección...»

Con esta carta acompañó y recomendó una solicitud que en el mismo sentido dirigían al Municipio el rector y colegiales de la Universidad, que, como sabemos, estaba ubicada fuera de la ciudad, al otro lado del Henares. Su deseo se cumplió: el Ayuntamiento cedió el terreno que le fue solicitado y la Universidad se levantó en lo que hoy es Palacio Episcopal. Otro objetivo que el obispo se marcó desde el primer momento de su llegada a Sigüenza fue la creación del Seminario, institución ordenada por el Concilio de Trento y que en Sigüenza aún no se había creado a pesar del tiempo transcurrido. Primero se le ocurrió la idea de su emplazamiento dentro de los edificios que rodean la catedral, precisamente «entrando por la puerta de los graneros a la mano derecha»; pero después se arrendaron unas casas en la calle nueva propiedad de don Francisco Muela, y allí se construyó al poco tiempo. Fue fundado por Auto de 2 de enero de 1651. El gran obispo Risoba no se conformó con crear el Seminario, sino que redactó y puso en práctica las Constituciones por las que había de regirse. Se abrió el Seminario con doce seminaristas, uno por cada Arciprestazgo, excepto Atienza y Medinaceli, que por su extensión tenían dos seminaristas.

Este Seminario, de construcción muy modesta, sería agrandado y hermo-seado, principalmente en su fachada y patio, por otro obispo de su familia que vino a regir la Diócesis seguntina cien años después, el señor Santos Bullón (1750-1761).

Fue, como casi todos los obispos seguntinos, generoso con la catedral, a la que regaló «12 Casullas guarnecidas de oro, ornamento frontal, dalmáticas y capa pluvial de tela de oro carmesí, casullas moradas, libros de coro y mandó construir el Retablo de la Capilla del Sto. Cristo del Trascoro».

Preconizado arzobispo de Compostela, no llegó a tomar posesión, ya que muere en Sigüenza el 8 de febrero de 1657.

Aún queda mucho por hablar del gran obispo Risoba, pues en sus siete años de estancia en Sigüenza se puede decir que no descansó un solo momento, contribuyendo como pocos a su engrandecimiento. Bien haría la ciudad en dedicar una calle a su memoria como reconocimiento a su fecundo pontificado.